NO SE LOGRA NADA SOLO

Escrito por Jimena Eme Vázquez

Monólogo basado en la historia de vida de

Blanca Martínez

VOCES CONTRA EL PODER

EL DÍA DESPUÉS

¿Por qué? Yo creo que aprendí a preguntar *¿Por qué?* aquí en Coahuila. Nací en Torreón, donde hay muchas tormentas de arena pero las de agua son contadas. Me acuerdo que cuando el cielo nos regalaba un poquito de lluvia, todos los niños y niñas del fraccionamiento salíamos a nadar en los charquitos. No saben qué fiesta. Debo haber tenido 4 o 5 años cuando dejamos Torreón y nos fuimos a vivir a Guanajuato.

Y a mí, desde que aprendí a hablar, el *¿Por qué?* nunca se me quitó de la boca.
Mi nombre es Blanca Isabel Martínez Bustos y soy la Directora del Centro Diocesano para los Derechos Humanos Fray Juan de Larios. El Centro tiene su sede en Saltillo, Coahuila, y trabajamos muy de cerca con FUUNDEC: Fuerzas Unidas por nuestros desaparecidos en Coahuila.

Esta tierra me dejó ir de pequeña, pero me reclamó de vuelta varios años después. Fue el obispo Raúl Vera quien me invitó a trabajar con él en el Centro Fray Juan de Larios, yo para ese entonces llevaba casi quince años trabajando en Chiapas. Sentía que necesitaba un cambio, un respiro, y es cuando me habla Raúl y me dice: “Ven, que aquí hay muchas situaciones”.

Cuando uno vive en un ambiente de conflicto, como en Chiapas, creemos que no hay nada más cruel que la ratonera en la que estamos. Volví a Coahuila cuando la guerra contra el crimen organizado impuesta por Calderón estaba en uno de sus picos más altos. Se llevaban a la gente bajo un modelo de violencia que no se había visto antes.

Esos no eran levantones.

Esos tampoco eran secuestros.

Eran **desapariciones forzadas**.

Y le dimos ese nombre para que las autoridades no nos pudieran decir que era algo normal y que había pasado siempre.

Desde chica entendí que el mundo en que vivimos no debía ser como es y que no era obra de la casualidad que no lo fuera. Yo me formé con los jesuitas, en las Comunidades Eclesiales de Base. En ese tiempo no había ONGs, pero estaban las Comunidades de Base y otro tipo de organizaciones, y ahí empecé a entender que todo esto iba más allá de “ser buenos”, que no había un Dios eligiendo a sus favoritos, pero sí existían condiciones estructurales de explotación y pobreza que había que combatir.

Cuando era adolescente fui parte de un movimiento en el que entramos todos los jóvenes y jóvenas del barrio. Resulta que el INFONAVIT se estaba quedando con unas cuotas que tenían que destinar al mantenimiento de las viviendas. Y que nos enteramos… y pues no nos gustó. Y ahí vamos todos y todas a reclamar. Nos decían que no podíamos hacer nada, que los derechohabientes no éramos nosotros. Pero descubrimos que sí podíamos porque esos apoyos eran para las familias. Y nosotros éramos las familias. Así que distribuyeron ese dinero en apoyos y en talleres para todo el barrio.

En todo ese grupo de jóvenes y jóvenas se quedó una atmósfera de lucha que también respiraron nuestros padres. Estábamos juntos, organizados, y así es como se logran las cosas importantes.

Yo no creo en los héroes. Y no quisiera que alguien creyera que soy una heroína. Vivimos en un país donde se dejan pasar los días bajo la promesa de que va a llegar alguien a salvarnos. Nos ponen por lo alto a Juárez, a Hidalgo, a un montón de señores que también hicieron muchas pendejadas. Y lo grave de tener la esperanza depositada en los caudillos es que se invisibiliza el hecho de que para iniciar procesos revolucionarios no necesitamos héroes: necesitamos organizarnos. Si no asumes cuáles son tus derechos y por qué es necesario defender los derechos de tu colectivo, es muy difícil que haya conquistas más sostenibles.

Nunca se logra nada solo.

Sucede mucho que a los familiares de desaparecidos los aíslan. Sus vecinos, sus amigos, el resto de sus familiares, se alejan y les crean un vacío alrededor. Es importante que esas personas encuentren una comunidad que les acepte y no se intimiden con toda la rabia que traen dentro.

Las madres, esposas, hermanos, hermanas e hijos de los desaparecidos viven con mucho miedo, pero la rabia equilibra ese miedo. Me ha tocado ver cómo esos familiares se van fortaleciendo cuando se saben acompañados. Van encontrando

su colectivo y se animan a hablar. Pero también es cierto que, al mismo tiempo que se notan los signos de fortalecimiento para la lucha, les van llegando los problemas de salud. Es normal, es una reacción del cuerpo ante el trauma. Van pasando los años y el trauma no se resuelve, así que se convierte en tumores, en infartos. La cura es saber dónde están esas personas a las que están buscando.

¿Qué hicieron con ellos? ¿Qué podemos hacer para rescatarlos? ¿Qué siguen haciendo con ellos? ¿Quién se los llevó? ¿Cómo se los llevaron? ¿Por qué se los llevaron?

¿Por qué?

Por el territorio en disputa. Para el trabajo forzado. Por el terror y la inmovilidad que esto genera en la comunidad. El miedo es un arma de control muy poderosa. Debes tener atemorizada a la población para poder imponer tus intereses.

El estado no quiere aceptar su responsabilidad en estas desapariciones. Insisten en que son producto de decisiones personales y no de un sistema que lo permite. Pero no desapareces porque seas alguien malo, sino porque en una crisis de estado como la que vivimos, cualquier persona puede ser objeto de una desaparición.

Hemos avanzado en materia de legislación y política pública, pero la verdad es que tendríamos que modificar la constitución entera para que fuera significativo. Hemos llamado la atención de Amnistía Internacional y otras organizaciones, que presionan a nuestros gobiernos para dar seguimiento a los casos.

Nosotros les podemos poner esos resultados sobre la mesa, pero a las familias se les puede hablar de avance cuando se encuentra a su ser querido, antes de eso nada es un avance.

A mí me llena de energía ver a esos familiares, a las señoras, recuperarse, sacar fuerza de su amor, de su sentido de trascendencia… quién sabe de dónde. Se levantan, y respiran cada día, y te vuelven a decir: “vamos, y más pa delante, todo contra quienes nos han hecho esto”.

Si abres la puerta, la realidad va a entrar a tu casa. Si la mantienes cerrada, ni cuenta te das. Pero una vez que todas esas injusticias entran, ¿cómo le haces para que tus ojos no las vean? Yo espero que mis ojos las distingan siempre, para seguirme indignando. Hay que hablar de esto, hay que tener a las familias presentes, pero sin banalizar la tragedia. Los medios de comunicación publican fotos de familias desesperadas solicitando a los gobiernos palas, picos, botas y gasolina para salir a buscar, y retratan como diosas a mujeres que hacen estas tareas, cuando debería ser indignante. En la medida en que le aplaudimos a las familias por hacer esto, validamos que el Estado delegue esa responsabilidad, ¿para qué buscamos, si son las mujeres las que buscan?

Hay que trabajar otra técnica para que no sea la sangre derramada y las lágrimas lo que se convierta en en plus para los proyectos artísticos. No tienen por qué repetir

el drama que viven las familias para concientizar, sino aprender, tener otra capacidad de escucha. Abrir la puerta y preguntar ¿Por qué?

¿Por qué?

Hasta que alguien nos responda y lo haga bien: que nos haga válido el derecho a la verdad, el derecho a la justicia, las medidas de reparación para las familias. Y nunca más una persona desaparecida.

VOCES CONTRA EL PODER